

cia, con el fin de que solo Dios sea alabado en su Siervo: pues solo Dios, como decia David, es, el que hace las grandes maravillas: y sin milagros, con mucha charidad puede qualquiera ser en los ojos divinos un gran Santo.

## CAPITULO VI.

La permanencia del fruto de su predicacion, con otros casos dignos de memoria.

**S**ucediendo en el oficio de la predicacion à los Sagrados Apostoles los Varones verdaderamente Apostolicos, cumpliese en ellos lo que dixo el mesmo Christo à sus Discipulos, segun testifica el Evangelista S. Juan: que los avia escogido, para que fuesen à coger fruto por el mundo, y que su fruto fuesse permanente. Uno de los especiales favores de Dios, que experimentó el Apostolico, y V. Padre Juan Cerón (de quien ya otra vez tengo hecha mencion) quando despues de tiempo iba à missionar à los

Lugares donde avia predicado Fr. Antonio, fue la duracion, y perseverancia del fruto de sus Misiones: por lo qual solia decir, que se practicaba, y cumplia en él lo que nuestra Vida Christo dixo à sus Discipulos en este assumpto. Y de esto (dice un insigne Maestro de la Sagrada Compania de JESUS) puedo ser yo buen testigo, pues aviendo ido à hacer Misiones à la Provincia de Nicaragua años despues, que las avia hecho el Padre Fr. Antonio, hallè en muchas cosas, y personas tan permanente el fruto de su Mission, que me dio abundante materia, no menos para confundirme, que para admirarme. Però lo mas maravilloso en esta materia (prosigue por su escripto el citado) es lo que experimentó otro Sacerdote Missionero, à quien tuve siempre, y le tuvieron todos por hombre de alta contemplacion, austerissima penitencia, è infatigable zelo de la salud de las almas.

Este, pues, aviendo hecho Misiones en muchos Pueblos de los que avian Evangelizado Fr. Melchor, y Fr. Antonio,

tonio, halló muchos Indios, que años antes tenian hecho pacto, y comunicacion con aquella especie de demonios, que en otras partes llaman familiares, y ellos llamaban Armas, porque los tenian ligados à piedras, palos, cuchillos, y otras cosas materiales, y de ellos se valian, ya para saciar sus apetitos, ya para executar daños en otros. Los que de estos se convirtieron por la predicacion de Fr. Melchor, y Fr. Antonio, apartandose del trato, y comunicacion con los demonios, afirmaban despues à dicho Missionero, que en todo el tiempo, que avia pasado de su conversion (y no era poco) frequentemente se les hacian presentes los demonios, rogandoles, è instandoles con mil ternuras, y cariños, à que volviessen à los antiguos deleites, libertad, y soltura, y no correspondiessen tan mal à su amor, y fidelidad, pues veian, que aun despues de despreciados, no desistian de solicitar su amistad: y no obstante esto, afirmaban los Indios, que se avian mantenido firmes en su proposito, acordandose de lo

que el Padre Fr. Antonio les avia dicho, y de la palabra, que le avian dado. En lo qual no es facil decidir qual es mas admirable, convertir con sus oraciones, y predicacion hechizeros, que tenian familiar trato con los demonios, gente entre todos los pecadores la mas obstinada, impia, y desalmada, y por el tanto la mas aborrecida aun de los mesmos Mahometanos, Judios, y Gentiles, en quienes reside alguna especie de humanidad, ò el que despues de convertidos hombres tan perversos, se mantuviesen constantes, resistiendose firmes à las frequentes instancias de los demonios, y al embite de los deleites, y gustos, à que es tan propensa la naturaleza, y que ellos antes avian experimentado: y esto sin tener presente al Apostolico Missionero que los convirtio, para que los alentasse, sino con sola la memoria de su predicacion. Esto fue especialissima gracia, y favor concedido de Dios à la predicacion de Fr. Antonio, à sus ardientes oraciones, continuas fatigas, charitativo zelo, y pro-



y profunda humildad. Assi concluye su narracion aquella bien cortada pluma.

Tomando ahora el hilo de la historia, para ajustar algunas cosas, conducentes al bien de aquellas almas, se hallaba el Siervo de Dios à veinte, y dos de Junio, del mesmo año, de mil setecientos, y tres en la Ciudad de Granada, y dexandolas en buen cobro, fue continuando sus especiosos passos à evangelizar la paz de Dios en otros Pueblos. Cerca de Realexo, que dista doce leguas de Leon de Nicaragua, acaeció por este tiempo hallarse de vuelta del Reyno del Perú D. Bartholomè de Arana, muy conocido oy por sus honrados procederes en la Ciudad de Mexico, y aviendo acometido unas recias calenturas, se viò precisado à hacer mansion en una choza de un Indio, acrecentando su achaque lo muy caliente de la tierra. Tres dias, q̄ allí estuvo, no encontró quien le aplicasse alguna medicina: pero lo q̄ mas angustiaba su christiano corazón era hallarse muy distantes los Confessores, por lo qual, se-

diento del agua viva del Santo Sacramento de la Penitencia, resolvió salir otro dia, aunque tan quebrátado, à buscar en la primera poblacion con quien confessarse. Estando en esta determinacion, entrò en su choza un Religioso Franciscano con el Abito del Sayal, que usan los Apostolicos en estos Reynos, y le dixo: „ Por „ tercianas, y cuartanas no do „ blan campanas: pero si do „ blan, doblan. Y con esto le echò los brazos al cuello con mucho amor, alentandolo à que no seria su mal cosa de cuidado. Viendo, pues, el enfermo estas cariñosas demostraciones, le preguntò, quien era? (puesto que por entonces no lo avia otra vez visto, aunque si oido su nombre) Dixo-le, era el Padre Margil, que à la tarde avia de proseguir su camino: pues, Padre, como ha de ser esso, replicò el doliente, si me quiero confessar? si esso es assi, respondió Fr. Antonio, me estarè aqui hasta el dia del Juicio, si fuera menester: dispongase, y esta tarde lo confessarè.

Volvió puntualmente à la ho-

la hora concertada, y el enfermo le dixo: si me traxera un poco de agua fria, para refrigerarme, que me estoy abrajando! no le dè cuidado, (respondió) aguarde un poquito, y saliendo fuera, volvió, à breve rato con un jarro de Guadalaxara lleno de agua tan fria, como si fuera de nieve: tomòla en las manos el doliente sediento, y no daba credito à lo que le hacian cierto los sentidos, temiendo, no le dañasse tanta frialdad, por no aver comido en tres dias: quiso tomar unos bocados del biscocho, que aun tenia del Perú, y no pudo passarlos: alentole el Padre, à que sin rezelo bebiesse, que no le haria mal, y assi lo hizo: quedando tan refrigerado en lo exterior, como interiormente consolado: con que pudo confessarse à toda su satisfacion, y antes de la noche se le despidió su Medico, dexandole lleno de consuelos, y admiraciones. Ocurrid al sediento, llevando-le agua, los que habitais en la tierra del Austro, decia por Isaias el Señor al capitulo veinte, y uno: y esto parece aver

executado en aquella parte austral de Nicaragua el Siervo de Dios, llevando agua al sediento, y tan fria, que solo pudo en la ocasion ser agua de milagro: mas què no harà el Sr. por desempeñar à un Siervo suyo, si lo entra en tales empeños una charidad verdadera?

Esta traia à Fr. Antonio como exalacion ardiente, y lucida de tierra en tierra, de lugar en lugar, y apenas avia remediado la sed de unas almas en una parte, partia para otra, repartiendo el pan de la doctrina à los pequenuelos, por acallar las quejas del Profeta: y siendo estos parvulos mas necesitados los que habitan en las estancias de ganados, quando à la mañana siguiente del caso referido, pasaba Don Bartholomè para Guatemala, encontro al Padre Fr. Antonio predicando à los Baqueros, que le escuchaban en aquellos desiertos con asombro. Estos miserables, que de continuo viven en los campos, ni saben, ni entienden los Mandamientos de Dios, ni de la Iglesia: ignoran las condiciones necessarias, para la dig-  
na